

La metafísica de la separación y el perdón

Extractos del taller celebrado en la
Fundación para Un curso de milagros
Roscoe NY

Kenneth Wapnick, Ph.D.

Parte II

La parte del cuento donde estamos es que el ego ha inventado su relato de pecado, culpabilidad y miedo, con el propósito específico de mantener al Hijo de Dios alejado del Espíritu Santo. Entender esto es lo fundamental porque esta motivación ayudará a explicar todo lo que sucede a partir de ahora. Otro punto para destacar aquí y que retomaré más adelante es que el temor del ego en realidad no es del Espíritu Santo. El ego no sabe del Espíritu Santo. No hay forma de que un pensamiento de separación entienda un pensamiento de unidad. No hay forma de que un pensamiento de celos, competencia, juicio y odio —todos del ego— comprenda un pensamiento de amor. El ego *sí* tiene miedo y *sí* entiende que hay un poder más grande que él. Ese poder es *el poder de la mente del Hijo para elegir*. El verdadero temor del ego no es del Amor de Dios, porque no sabe del Amor de Dios. Su verdadero temor es del tomador de decisiones. Su verdadero temor es que el Hijo cambie su decisión en la mente, apartándose del ego y volviéndose hacia el Espíritu Santo, momento en el cual el ego desaparece.

Es extremadamente importante entender que la meta del ego no es realmente sepultar al Espíritu Santo, sino sepultar la mente del Hijo porque la mente es en realidad la gran amenaza. La mente del Hijo puede elegir contra el ego y elegir el Amor de Dios, lo que significa el fin del ego. Si el ego puede de alguna manera dejar al Hijo sin mente, el ego está a salvo; nunca tiene que preocuparse por Dios o el Espíritu Santo, comoquiera que los conciba. El verdadero temor del ego, una vez más, es el poder de la mente del Hijo para elegir. Ahora veremos cómo el ego lleva adelante su plan para lograr su objetivo final: dejar al Hijo sin mente, para que nunca cambie su decisión en la mente y siempre permanezca totalmente identificado con el ego. Cuando el Hijo de Dios elige al ego y da la espalda al Espíritu Santo, no solo *elige* el sistema de pensamiento del ego, sino que se *convierte* en el sistema de pensamiento del ego. Esto es extremadamente importante.

Cuando el Hijo de Dios se identifica con el sistema de pensamiento del ego —el sistema de pecado, culpabilidad y miedo— asume una identidad pecaminosa, culpable y atemorizada. El libro de ejercicios dice: «Crees ser la morada del mal, de las tinieblas y del pecado» (L-pl.93.1:1). Todos lo creemos porque escuchamos la voz del ego. Nuevamente no solo creemos en un sistema de pensamiento de pecado, culpabilidad y miedo, sino que nos *convertimos* en

ese sistema de pensamiento; este se convierte en nuestro yo; y el ego no quiere que se rompa esa asociación e identificación. La única forma de romperla es si el Hijo dice: «Sabes, lo que elegí no está del todo bien. Quiero elegir otra cosa». Ese es el temor del ego.

Así que el ego lleva su plan un paso más allá. Ha logrado que el Hijo tema al Espíritu Santo, al hacerle creer que dentro de su propia mente hay un lugar que representa su aniquilación y le aterrera. Ahí es donde mora el Espíritu Santo. Entonces, en virtud del cuento de pecado, culpabilidad y miedo, que el Hijo se ha creído de cabo a rabo, el ego ha convencido al Hijo de que su mente es ahora un campo de batalla donde está en guerra con su Padre y con el Espíritu Santo. Por lo tanto, a instancias del ego, el Hijo ha dado la espalda al Espíritu Santo y se ha identificado con el ego (representado en el **diagrama** por la línea vertical continua que separa al ego del Espíritu Santo). Así es que ahora el Hijo ni siquiera sabe del Espíritu Santo. El Amor de Dios se ha convertido en lo contrario del Amor de Dios; el Hijo cree estar en guerra con Dios y en peligro de muerte.

Un pasaje muy importante en el manual habla de esta demencia y lo describe con las palabras «Mata o te matarán» (M-17.7:11). Eso se convierte en el principio imperante en la mente del Hijo de Dios. Si permanece en este campo de batalla, es él o Dios. Obviamente él no tiene muchas posibilidades porque estamos hablando de *Dios* —una «bestia» enfurecida y demente— a Quien esta pizca insignificante de nada ha ofendido robándole el tesoro que es Su poder. Podemos ver la arrogancia del sistema de pensamiento del ego al creer todo esto. Pero eso es lo que el pecado, la culpabilidad y el miedo nos están diciendo: Dios está hecho un energúmeno y si algún día alcanza al Hijo, lo que es inevitable, se acaba el Hijo. Esa es la demencia del sistema del ego. Todo esto se describe en términos más sofisticados en la sección, «Las leyes del caos», en el capítulo 23 del texto.

El Hijo de Dios, con tremendo terror en el corazón —aunque básicamente ya no está separado del ego— le dice al ego:

¡Auxilio! Necesito una defensa. Necesito algo que me proteja de la ira y la venganza de Dios, que significan mi muerte segura. Necesito una defensa contra este Dios demente Quien sé que está en mi mente porque mi culpabilidad me indica que debo ser castigado por pecar contra Él. Pequé contra Él porque creo que la separación de Dios es real: de hecho, ha ocurrido y sus consecuencias serán terribles.

Sepultado en la mente del Hijo está el simple principio de la Expiación del Espíritu Santo que dice que no sucedió nada. Otra forma de decirlo es que la separación es tan solo un sueño tonto sin consecuencias ni efectos; no ha sucedido nada. En una hermosa frase del texto Jesús dice que «no se perdió ni una sola nota del himno celestial» (T-26.V.5:4). Por eso es una «diminuta idea loca». Dios ni siquiera se ha enterado de ella. No sucedió nada. Pero el pensamiento de corrección del Espíritu Santo permanece sepultado en nuestras mentes; en su

lugar tenemos el sistema de pensamiento del ego —el sistema de pecado, culpabilidad y miedo— que inevitablemente conduce a la necesidad de una defensa. El Hijo de Dios necesita algo con qué protegerse contra la ira de Dios. Ninguna defensa funcionará mientras él permanezca en el campo de batalla. La oposición lo supera totalmente tanto en armamento como en efectivos. Sus posibilidades son nulas.

Por lo tanto, el ego le dice: «Tengo otro plan que es absolutamente maravilloso. Es a prueba de Dios y no hay forma de que este plan pueda fallar: nos marcharemos del campo de batalla y fabricaremos un escondite. Te garantizo que Dios no nos encontrará nunca». El Hijo de Dios, por supuesto que encantado, dice: «¿Cuándo salimos? Ya hice las maletas. Vámonos». El ego y el Hijo se integran nuevamente al fusionarse en uno. Abandonan el campo de batalla hacia un escondite donde Dios nunca los encontrará. El ego le dice al Hijo: «El Espíritu Santo solo existe en tu mente. De modo que si abandonamos la mente estaremos fuera de peligro».

Psicológicamente el término que utilizamos para denotar el proceso de tomar algo del interior de la mente y colocarlo fuera de la mente es *proyección*. Ese algo es el ego, que no es más que el pensamiento de separación fusionado con el Hijo de Dios. Este pensamiento —este yo— se coloca fuera de la mente y de manera invariable da lugar a un mundo de separación. Esta es la explicación del Curso de cómo surgió todo el mundo físico. En el Curso, cuando Jesús habla del mundo —el mundo de la percepción, el mundo de la forma, el mundo de la separación— está hablando de todo el universo físico, no solo del planeta Tierra o de nuestras propias ciudades o de nuestros cuerpos. Está hablando de todo el universo: el cosmos y todas las galaxias de las que ni siquiera tenemos conciencia. Todo esto es el mundo de la separación.

Así que el mundo es un escondite al que el ego —junto con el Hijo de Dios— se ha desplazado o trasladado. Como dice el Curso hacia el final del libro de ejercicios: «Este mundo se fabricó como un ataque contra Dios... se fabricó con la intención de que fuera un lugar en el que Dios no pudiese entrar» (L-pII.3.2:1,4). Una vez que el ego fabrica el mundo para ocultarse en él, hace dos cosas más para su logro supremo. Tengan en cuenta que el propósito del ego es muy simple: quiere dejar sin mente al Hijo de Dios. El temor del ego es, de nuevo, que si el Hijo llega a recordar que tiene una mente que puede elegir reconocerá que su elección fue equivocada. Se daría cuenta de que en realidad el ego es el que está mintiendo y que el Espíritu Santo está diciendo la verdad. Entonces el Hijo de seguro cambiaría su decisión en la mente.

Como el propósito del ego es dejarnos sin mente para que no podamos cambiar nuestra decisión en la mente, inventa el mundo en el que nos escondemos. Luego, como acabo de decir, hace dos cosas más para asegurarse de que el Hijo de Dios por siempre —al menos dentro del sistema del ego— permanezca sin su mente. Primero, una vez que el ego se ha proyectado desde la mente, es decir, una vez que el pensamiento de la separación queda fuera de la mente, lo que da lugar a un mundo de separación, el ego causa que un velo caiga frente a la mente del Hijo para que olvide de dónde salió el mundo. Podemos llamarlo el *velo del olvido*, que básicamente es la dinámica de la negación o la represión. El Hijo de Dios niega lo que ha

sucedido, lo olvida. Olvida que todo comenzó en su mente donde tenía dos opciones: escuchar la voz del ego o la Voz del Espíritu Santo. Olvida que eligió escuchar al ego, que siguió todo lo que el ego dijo y que el terror lo orilló a acabar en el mundo. Temía que si permanecía en su mente Dios lo destruiría.

Así es que el velo de la negación hace que el Hijo de Dios olvide. Entonces —y este es el logro supremo del ego— fabrica el cuerpo. El ego le dice al Hijo de Dios: «Tu hogar no es tu mente. Tu hogar es tu cuerpo», y el ego fabrica el cerebro, que se convierte en la computadora del cuerpo. (El cerebro *parece* gobernar nuestro funcionamiento en el mundo). El Hijo de Dios se encuentra en un cuerpo, se olvida de dónde vino, piensa que fue creado por otros cuerpos, piensa que llegó a un mundo que estaba aquí antes de su llegada, y no recuerda nada de lo que hemos estado hablando. No recuerda en absoluto estas dos alternativas en su mente: ni el principio de la Expiación del Espíritu Santo ni el cuento de pecado, culpabilidad y miedo del ego. No tiene ni idea de una opción. Lo único que sabe es que está en un cuerpo. No recuerda que el cuerpo en el que se encuentra no es más que una proyección. Es un cuerpo que cree en el pecado, la culpa y el miedo, la experiencia básica de todos los que estamos en el mundo. Creemos que estamos separados y que somos unos pecadores terribles. No necesitamos que la Iglesia católica ni la Iglesia protestante ni la fe judía ni ninguna otra cosa nos digan que somos pecaminosos, porque llevamos dentro ese pensamiento. Todos nos sentimos abrumados por la culpa y el odio a nosotros mismos y todos tenemos miedo de ser castigados por nuestros pecados.

Estos pensamientos y sentimientos no son el resultado de lo que creemos que transcurre en nuestras vidas aquí. Más bien simplemente hemos trasplantado al mundo y a nuestra experiencia individual lo que está en la mente identificada con el ego. Es similar a estar sentado en un cine: todo lo que aparece en la pantalla frente a nosotros parece muy real y tiene el poder de provocar muchas reacciones, tanto positivas como negativas. Pero no es más que la proyección de lo que está en la película que pasa por el proyector en la cabina de proyección. Es imposible que haya algo en la película que no aparezca en la pantalla, y es imposible que haya algo en la pantalla que no provenga de la película.

Esa es una analogía exacta de lo que estoy describiendo aquí. Como el Curso nos dice repetidamente, no hay nada fuera de nosotros. Es imposible que cualquier cosa que sintamos aquí no provenga de nuestras propias mentes. Sin embargo, el problema es que no sabemos de la mente porque aparentemente ha quedado bloqueada para siempre por el velo del olvido. Lo único que sabemos es que nos sentimos pésimo aquí en nuestros cuerpos. Pasamos años en análisis o en psicoterapia con el terapeuta, que nos dice que somos el producto de todas las cosas terribles que nos sucedieron de niños. ¡Por supuesto que estamos molestos! Miren todas las cosas terribles que nos están sucediendo como adultos. Todas las explicaciones de nuestra angustia se basan en el pecado, la culpa y el miedo que creemos que ocurren en nuestros cuerpos o cerebros. Cuando los psicólogos hablan de la mente no están hablando de esta

mente. Están hablando del cerebro.

.....

El Curso nos está diciendo que no estamos molestos por lo que está sucediendo con el cuerpo. Estamos molestos porque hemos elegido al ego en lugar del Espíritu Santo. Entonces nuestra identificación con el cuerpo es básicamente el fin del cuento del ego y de la trama del ego. El ego ha logrado su propósito, dejándonos sin mente, porque de ahora en adelante para siempre experimentaremos —como individuos o como sociedades— todo tipo de problemas y todos los problemas se enfocarán psicológica o físicamente en el cuerpo. Cuando hablamos del cuerpo, incluye nuestro yo físico, así como nuestra personalidad, nuestro yo psicológico. Ambos aspectos son lo que en el Curso debe entenderse por «el cuerpo». Como experimentamos todos nuestros problemas aquí en el mundo y en el cuerpo, aquí es donde buscamos las soluciones o las respuestas. Parece que no hay otro lugar donde buscarlas. No sabemos de la mente, debido al velo del olvido (**ver el diagrama**). Helen despertó una mañana y al levantarse escuchó que se decía a sí misma: «Nunca subestimes el poder de la negación». Esa línea apareció luego en el Curso como: «No subestimes el poder de la creencia del ego en ella [la culpabilidad]» (T-5.V.2:11). Este velo del olvido es la más poderosa y la más primitiva de todas nuestras defensas y funciona a la perfección. Si no sé que tengo una mente, ¿cómo es posible que cambie mi decisión en la mente? Ese es el propósito del mundo: distraernos de donde está realmente el problema. Otro término que podríamos utilizar para describir el mundo es que es un *recurso de distracción*.

Ahora muy brevemente —pues lo retomaremos después— el milagro, para completar todo este cuadro, simplemente invierte lo que el ego ha hecho. Por eso es extremadamente importante no confundir lo que milagro significa en el Curso con nada externo. El milagro toma nuestra atención, que ha divagado de nuestras mentes y se ha instalado en el cuerpo, y la trae de regreso al tomador de decisiones. Así que el milagro tan solo nos recuerda que efectivamente tenemos una opción. El milagro dice que mi problema no está fuera de mí en el cuerpo, no es lo que el mundo me está haciendo ni lo que mi cuerpo me está haciendo, no es lo que mi familia me ha hecho. Mi problema es lo que *yo* me he hecho. El único error que todos cometimos como un solo Hijo, justo al principio, es el mismo error que cometemos a cada rato, una y otra vez. Hicimos la elección equivocada. Soltamos la mano del Espíritu Santo y tomamos la mano del ego. El milagro no hace más que traernos de regreso a nuestras mentes para que podamos elegir otra opción.

Una definición extremadamente importante del milagro es que «el milagro es el primer paso en el proceso de devolverle a la Causa la función de ser causa y no efecto» (T-28.II.9:3). *Causa* es la mente, el mundo es el *efecto*. El ego nos dice que el mundo causa nuestra angustia. En realidad, el mundo es simplemente el *efecto* de una decisión tomada en nuestras mentes, que es la *causa*. El milagro restituye a la mente, restituye a la causa, su función de ser el agente causal. Una vez que sé que tengo una opción —el propósito básico y principal del Curso es

ayudarnos a conocer eso— puedo elegir entre el sistema de pensamiento de mi ego con *su* evaluación de mí y el sistema de pensamiento del Espíritu Santo con *Su* evaluación de mí. Esa es una forma muy sencilla de entender de qué trata el Curso: es simplemente una forma de recordarnos que efectivamente tenemos una opción.

Como anticipo de algo que comentaré después: el papel de Jesús o el Espíritu Santo es ser ese lugar en nuestras mentes, ese faro que simplemente irradia la luz de su presencia como el recordatorio constante. Tal como un faro que la irradia para los barcos perdidos o encallados, la función de Ellos es recordarnos que efectivamente tenemos otra opción. Por eso en el Curso Jesús dice una y otra vez: «Elige de nuevo».